



www.loqueleo.com/es

© 2019, Rafael Salmerón

© De esta edición:

2019, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.

Avenida de los Artesanos, 6. 28760 Tres Cantos (Madrid)

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-343-6

Depósito legal: M-2.954-2019

Printed in Spain - Impreso en España

Primera edición: abril de 2019

Directora de la colección:

Maite Malagón

Editora ejecutiva:

Yolanda Caja

Dirección de arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Rosa Marín, Julia Ortega
y Álvaro Recuenco

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

El Club

RAFAEL SALMERÓN

loqueleg

*Para Pablo. Gracias por ser el primero en leer esta historia
y por tus magníficas ideas y sugerencias.
“El Club” no sería lo mismo sin ti.*

Hola.

¡Hola!

¡Ey!

Te estoy hablando a ti.

Sí, a ti.

¿Por qué te extrañas?

¿Qué creías, que esto iba a ser la historia de siempre? Pues no, te equivocas. Esto es diferente. Completamente.

Aunque no te lo creas, sé cómo te sientes.

Sé que estás solo. Pero, si tú quieres, eso puede cambiar. Lo que oyes. Si es lo que quieres, nunca más volverás a estar solo.

Tú no me conoces, pero yo sé muy bien quién eres. O lo que sientes. Porque yo siento lo mismo. O lo sentía. Porque ahora todo es diferente.

Así que, ahora, es tu decisión. Si quieres dejar de sentirte como te sientes, solo tienes que hacer una cosa.

Contesta.

El chico (I)

Un chico bajito y con gafas recorre los pasillos del instituto. Carga una mochila enorme. En ella hay un montón de libros. Libros de texto pero también libros de lectura. Aunque ya tiene catorce años no aparenta más de doce.

Camina con la vista clavada en la pantalla del móvil.

Ha enviado un mensaje. Un mensaje que puede cambiarlo todo. Un mensaje que puede hacer que todo sea diferente, mejor. Un mensaje que puede hacer que la vida deje de ser un infierno.

Y no hay respuesta. Todavía.

Camina con la vista clavada en la pantalla. En este momento no hay nada más para él. Nada de lo que sucede fuera de esas cinco pulgadas es importante. Nada. No presta atención a los rostros, ni a las conversaciones ni a las miradas. Aunque de todo eso hay. La mayor parte de esos rostros le ignoran, muy pocos le miran, y los que lo hacen le miran con desdén, con desprecio, con lástima en el mejor de los casos.

Es una hormiga en una fiesta de elefantes. Un ratón en medio de una manada de lobos. Y lo sabe. Sabe muy

bien lo que piensan de él. Porque siempre se lo han hecho saber.

También sabe muy bien quién es. Sabe lo que quiere. Sabe lo que tiene y lo que no va a tener nunca. Todo eso lo sabe.

El chico recorre los pasillos del instituto. Con la vista clavada en las cinco pulgadas. Aunque todavía no hay respuesta.

10 Pasa de prisa junto a un grupo de chicos. No se fija en ellos. Tal vez debería hacerlo. Porque son compañeros de clase.

Uno de ellos mira a otro, ese otro le devuelve la mirada, sonríe, guiña un ojo y, como quien no quiere la cosa, como por casualidad, extiende el pie. Y ese pie extendido se encuentra con los pasos atropellados del chico que no levanta la vista del móvil. Y ese chico tropieza. Y cae al suelo. Y se hace daño. Y sus gafas salen despedidas. Y también el teléfono se escapa de sus manos pequeñas, y vuela, y aterriza, y rebota, y se desliza, y yace sobre las frías baldosas como un cadáver silencioso.

Los chicos de su clase ríen.

—Qué pringado.

—Vaya friki.

—Qué gilipollas.

—Un pringado total.

El chico busca a tientas el móvil. Por favor, que no se haya roto. Sus pequeñas manos tantean el suelo hasta encontrarlo. Parece que está bien. Menos mal. Qué alivio. No quiere ni pensar en quedarse sin teléfono. Ahora no.

Se incorpora. Recupera las gafas. Las risas continúan.

—Qué pringado.

—Vaya friki.

—Qué gilipollas.

—Un pringado total.

Hay una luz verde en la esquina superior izquierda del móvil. Al chico se le acelera el corazón. No escucha las risas. Nada de lo que sucede fuera de esas cinco pulgadas tiene el menor sentido. Nada de todo eso importa.

El chico desliza el dedo por la pantalla dibujando un intrincado patrón de desbloqueo.

11

Ha recibido un wasap.

Es la respuesta a su mensaje. Y esa respuesta puede cambiarlo todo, puede hacer que todo sea mejor, puede hacer que la vida deje de ser un infierno.

Conteniendo la respiración lo abre.

Alba

12 Entro corriendo en casa. Estoy tan nerviosa que las llaves se me caen de las manos. Intento agarrarlas antes de que choquen contra el suelo. Pero al intentarlo me tropiezo. Y yo también me caigo.

—Mierda.

—¿Cariño?

Mierda, me ha oído. ¿Cómo no me va a oír? Creo que han tenido que oírme hasta en Australia.

—¿Hija, eres tú? ¿Qué haces aquí tan pronto?

Mientras me levanto pienso. Tengo que inventar algo que decir. Por el camino venía tan preocupada por conseguir entrar en casa sin que mi madre se diese cuenta que no se me ha ocurrido idear alguna excusa por si me pillaba. Mierda.

—Sí, mamá. Soy yo.

—¿Cómo es que has vuelto tan temprano?

Oigo como viene hacia mí. Y no puedo. Ahora no puedo enfrentarme a ella. Sé que me vendría abajo. Así que tengo que huir. Al baño.

Corro.

—¿Hija?

—Estoy en el baño.

—¿Estás bien?

—Sí. Bueno, no. Me duele la tripa. Y he vomitado en el insti. No sé. Creo que tengo un virus. Hay varios de mi clase que lo tienen.

La verdad es que soy bastante buena. Mente rápida.

—Vaya. Y yo que había preparado lasaña... Bueno, no te preocupes. Te cuezo un poco de arroz. Y tengo algo de pescado cocido en la nevera. Te lo caliento en un minuto.

Pescado cocido, qué asco. Y con lo que me gusta la lasaña que hace mi madre. Ya podría haber pensado otra excusa. Pero ahora... Voy a tener que tomarme el asqueroso pescado cocido. Ni de coña.

—No me hagas nada, mamá. Tengo náuseas. Y todos dicen que con este virus hay que estar al menos un día en ayunas.

Solucionado. Mente rápida de nuevo.

—¿En ayunas?

Mi madre pronuncia esa palabra como si fuese algún tipo de maldición o castigo divino. Creo que, para mi madre, bueno, para mi familia en general, la palabra ayuno está en la misma categoría que cáncer terminal, holocausto nuclear o, yo qué sé, lo más terrible y espantoso que se os pueda ocurrir.

—Sí, mamá. En ayunas.

—¿Seguro? Sí el pescadito cocido es como no comer nada.

—Seguro. Ayuno total.

Oigo a mi madre resoplar. «Ayuno total». Para ella es algo así como para un dinosaurio las palabras «meteorito gigante».

—Está bien, hija. Qué le vamos a hacer. Y, ¿tienes fiebre?

—No, mamá. Este virus no da fiebre.

—¿Seguro?

—Seguro.

—¿Necesitas ayuda?

—No, mamá. Estoy bien.

—¿Quieres que vaya?

—¡Que no! Te he dicho que no necesito nada.

—De acuerdo. No te pongas así, solo intento ayudar.

—Ya lo sé, mamá. Pero ahora lo único que necesito es un poco de tranquilidad. Y, en cuanto salga del baño, me meto en la cama.

—Está bien. Pero en serio, si necesitas algo, me llamas. Y el pescadito te lo guardo por si acaso.

No voy a contestar. Si lo hago, esta conversación no va a terminar nunca. Y yo quiero que acabe. Ahora mismo.

Sé que mi madre está fuera. Al otro lado de la puerta. Es como si pudiera verla. Con su delantal de cuadros azules y amarillos. Sin llegar a comprender cómo puede existir en el mundo un mal que no pueda solucionarse llenando el estómago. Quiriendo hacer algo, pero sin atreverse a hacerlo. Como siempre.

Espero. Y, tras unos larguísimos segundos, se marcha. Vuelve a la cocina. Seguro que ha pensado que se le iba a quemar la comida. Y eso no puede suceder. La comida que

pone en la mesa mi madre tiene que estar siempre perfecta. Perfecta, sabrosa y abundante. Mucho mejor que sobre que no que falte. Eso jamás.

Espero un poco más. Tiro de la cadena. Abro la puerta con cuidado y, cuando estoy segura de que mi madre no anda cerca, corro hacia mi cuarto. Me descalzo y me meto en la cama, sin quitarme la ropa.

Oigo que mi madre viene.

Me escondo bajo el edredón.

Ella lo levanta.

—Deja que te vea, hija.

Me pone la mano en la frente.

—Pues es verdad. No tienes fiebre. Vaya virus más raro. ¿Has vomitado otra vez?

—No. Bueno, un poco. Ya lo había echado todo.

—Entonces, ¿seguro que no quieres comer nada? ¿Aunque solo sea un poco de pescadito cocido? Eso no puede sentarle mal a nadie.

—No, mamá, ya te lo he dicho. Al menos un día de ayuno.

—Está bien. Pero agua tendrás que beber. O limonada. ¿Te hago una limonada?

—No hace falta. Con agua me vale.

—Ahora mismo te la traigo.

—Gracias.

Se va y, al cabo de unos pocos segundos, vuelve con una botella de agua mineral.

—Es de las de tu abuelo. Las tiene contadas; pero no te preocupes, yo le digo que es porque estás mala.

Me da un beso y se queda ahí, mirándome, con los brazos en jarras. Creo que no piensa irse hasta que me vea beber agua.

Así que me incorporo, abro la botella y bebo un trago.

—Vaya, se me ha olvidado, ¿quieres un vaso?

—No te preocupes, no hace falta. Además, estoy cansada, ahora solo quiero dormir.

—De acuerdo. Descansa, hija. Y ya sabes, si necesitas cualquier cosa... A lo mejor una pechuguita de pollo...

16

—¡Mamá!

—Solo quiero ayudar.

—Ya lo sé. Lo único que necesito es descansar.

—De acuerdo.

Por fin sale de la habitación.

—Cierra la puerta, por favor.

—Así no puedo oírte.

—Mamá, que no soy ningún bebé.

—Está bien. Ya cierro.

Y lo hace lentamente, mirándome como si me abandonase a mi suerte en medio del desierto o de una manada de hienas hambrientas. Y en ayuno total. Lo peor de lo peor.

Por fin estoy sola.

Tardo unos segundos.

En recordar.

En volver a ver sus caras.

En volver a sentirme exactamente como me he sentido.

Como una mierda.

Como una basura.

Como tantas veces. Como casi siempre.

Joder, no lo entiendo. Pero ¿qué les he hecho yo? ¿Por qué me odian tanto?

¿Qué les molesta tanto de mí?

¿Que esté gorda?

¿Que no sea popular?

¿Que ningún chico me mire?

No lo entiendo.

¿No tienen otra cosa mejor que hacer con sus perfectas vidas que meterse conmigo?

¿No son capaces de encontrar nada más gratificante que humillarme?

¿No se enteran de que ya me humilla lo suficiente la vida?

Joder.

No lo entiendo.

No lo entiendo.

¡¡¡NO LO ENTIENDOooooooooooooooooooooo!!!

Hundo la cabeza en la almohada y lloro. Y grito. Sin hacer demasiado ruido. Lo último que quiero es que venga mi madre a ver qué me pasa. No sé, tal vez podría contárselo. O no. No sé si sabría por dónde empezar. Tal vez por decirle que me han dejado una herencia genética de mierda. Mi madre está gorda. Mi padre está gordo. Yo estoy gorda. Y mi hermano pequeño parece que cualquier día vaya a estallar. Y mi abuelo también está gordo. Se le está olvidando todo, ya casi no recuerda quiénes somos. Eso sí, se le olvida todo menos comer. De eso se acuerda siempre. Debe de ser alguna maldición familiar.

Podría decirle a mi madre que dejase de preparar lasaña. O que no pusiese patatas fritas acompañando hasta a la ensalada. O que todo en la vida no se soluciona con unas torrijas. Yo qué sé. Podría decirle que querría cambiarme de cuerpo. O de familia. O de instituto. O de ciudad. O de planeta. Mejor de planeta. Tal vez exista uno en el que las gordas seamos sexis, deseadas, populares, guays. Un planeta en el que las tías delgadas y de culos pequeños y firmes resulten repulsivas.

18

Recuerdo aquella clase de Historia del Arte. Me acuerdo como si fuese ayer. El profe apagó la luz y nos enseñó unas imágenes que, según él, cambiarían nuestra idea de lo que podía considerarse «inequívocamente bello». Nos habló primero de los griegos, y del Renacimiento, y bla, bla, bla. Pero luego... Joder, me entran ganas de morirme cuando lo recuerdo. Luego nos habló de otro concepto de belleza. Nos dijo que estaba relacionado con la fertilidad. Recuerdo aquella imagen, esa figurita de barro, la *Venus de No se qué*, y luego de aquellas mujeres desnudas, blancas como la leche, mostrando sus michelines como si nada. *Las tres Gracias* de Rubens. De eso sí que me acuerdo. Pero de lo que más me acuerdo es de que todos me miraron. Sin cortarse un pelo. Incluso el profe me miró. Sonriéndome, como si me estuviese haciendo un favor. Joder. Fue horrible. Y los días siguientes no fueron mejores. Dibujos en papeles que circulaban de mano en mano. Con mi cara y el cuerpo de aquella figurilla prehistórica. Y los comentarios. Recuerdo uno en particular. Era muy ingenioso. Sí, para partirse. Imitaba un billete, de algún

tipo de viaje. Todavía no sé si pretendía simular un billete de avión o yo qué sé. Decía que era mi billete para la Prehistoria. El único lugar del mundo en el que alguien podría querer montárselo conmigo. Y recuerdo el mote que me pusieron. Todavía me llaman así algunas veces. Miss Neolítico. Joder. La mar de ingenioso. Para partirse.

Solo de pensar en ello me pongo enferma.

Hundo la cabeza en la almohada. Y lloro. Y grito. Pero bajito. Para que nadie me oiga. Para que la gorda de mi madre no oiga como llora la gorda de su hija. Su hija la *miss*. Miss Neolítico.

19

No puedo más.

Duele demasiado.

Y no lo entiendo.

¿Por qué?

¿Qué he hecho yo?

Mi teléfono suena.

Es un wasap.

De un número que no conozco.

¿Quién será?

Espero que no sea otra vez alguno de ellos. Enviándome fotos o simplemente recordándome que siguen ahí. Al acecho. Que les resulta tremendamente divertido burlarse de mí, hundirme más de lo que ya estoy, destrozarme la vida.

Hola.

¡Hola!

¡Ey!

Te estoy hablando a ti.

No pienso contestar. Son ellos. Seguro.

Sí, a ti.

¿Por qué te extrañas?

¿Qué creías, que esto iba a ser la historia de siempre?

Pues no, te equivocas.

Esto es diferente.

Completamente.

Aunque no te lo creas, sé cómo te sientes.

20 *Bueno, lo sabemos. Es que no estoy sola. Bueno, ahora mismo, tecleando esto, sí, estoy yo sola.*

Pero, al mismo tiempo, no lo estoy. Ya no.

Nunca más.

Y, si tú quieres, tampoco tienes por qué estarlo.

Lo que oyes.

Si es lo que quieres, nunca más volverás a estar sola.

¿De qué va esto?

No entiendo. No comprendo por qué tienen que ser tan enrevesados. Que me llamen Miss Neolítico, o ballena, o vaca, o morsa, o lo que sea. O directamente gorda. GORDA. Pero que me dejen en paz lo antes posible.

Sí, te estoy hablando a ti.

Sé muy bien quién eres. Y lo que sientes.

Porque yo siento lo mismo.

Más o menos.

O lo sentía. Porque ahora todo es diferente. Desde que recibí un mensaje.

Un mensaje como este.

Y decidí contestar.

Así que, ahora, es tu decisión. Si quieres dejar de sentirte como te sientes, solo tienes que hacer lo que yo hice. Lo que hicimos todos nosotros.

Contesta.

¿Qué es esto? Espero un momento. Ahora deberían venir los insultos. O algún vídeo de una foca bailando. O algo así.

Pero no.

Pasa un minuto.

Dos.

Tres.

No sé qué hacer.

Seguro que si contesto me voy a arrepentir.

Está claro. Es una broma más. Cada día más retorcidas. Más imprevisibles.

No voy a contestar.

Ni de coña.

Que les den.

Hundo la cabeza en la almohada y lloro de nuevo. Sigo llorando. Bajito. Para que nadie me oiga.